CUANDO EL BEAT SE APAGA

Martin Lamelas

Cuando el Beat se Apaga

"Lo que queda… es lo que sentimos”

Sinopsis

Una historia real. Sentida. Y ahora compartida.

Hay un momento en toda pista de baile donde el beat se apaga. Y es ahí, en ese silencio inesperado… donde empieza otra música: una que no suena en los parlantes, pero vibra por dentro.

Este libro recorre el trayecto invisible de un DJ que, tras décadas al frente de cabinas, pistas y eventos, decidió contar lo que rara vez se cuenta: lo que pasa del otro lado. La mezcla como forma de meditación. El catálogo bailable que nadie escribió, pero todos conocen. La exclusión organizada. Las canciones que dan esperanza. El arte de improvisar cuando no hay red. Y la certeza —a veces muda, a veces brutal— de que lo esencial no siempre se escucha con los oídos.

Cuando el Beat se Apaga es un mapa emocional del oficio. Un relato en primera persona sobre la música, los vínculos, las pérdidas y las transformaciones que nos marcan. Pero, sobre todo, es un homenaje a quienes supieron bailar, incluso cuando la música parecía haber terminado.

📘 *Cuando el Beat se Apaga* – Índice

Prologo por Andrés Troha

1. Vehículo del espíritu
2. El DJ invisible
3. Cabinas argentinas
4. El 12-inch: el verdadero inicio de la música electrónica
5. Dos relatos, un mismo pulso
6. Cultura remixada
7. El arte perdido del *warm up*
8. El catálogo bailable
9. El catálogo de las emociones
10. Rechazar también es elegir
11. La fiesta como verdad
12. Pequeñas revoluciones tecnológicas
13. Dejar huella sin firmar
14. Mutaciones
15. Lo esencial es invisible al oído
16. El arte de improvisar
17. Notas al pie del sistema
18. Glosario emocional
19. Epílogo – *Cuando el Beat se Apaga*

Prologo – Andrés Troha

Hace un año aproximadamente, en alguna charla por WhatsApp, Martín me comentó que estaba con este proyecto. Le dije que me parecía muy bueno como experiencia, y que me gustaría acompañarlo aportando fechas, nombre, etc.

Nunca pensé que él pensaría en mí para prologar este relato.

Vamos entonces al lío…

El trayecto de Martín es extenso, y eso le da la solidez y profundidad necesaria para encarar este viaje.

Su espíritu crítico, plasmado en todo lo que Martín emprendió, lo llevó a que éste relato tuviera idas y vueltas a fin de evitar que se convierta en un listado de anécdotas divertidas (que prenderían fuego a más de una persona u organización) o una crítica resentida al "status quo" de la escena.

Comparto profundamente la necesidad del artista, que Martín expresa a lo largo del relato, de expresar su esencia frente la realidad de lo que el autor menciona como "industria".

Pero no es justo definirlo sólo por eso. Todo ese momento donde intervienen la creación y la comunión con "la pista", está sustentado por el trabajo que se hace en la semana.

Martín es uno de esos raros casos donde el artista y el emprendedor, se unen.

Algo del relato lo viví en persona. Otras cosas las escuché del protagonista. A muchos personajes mencionados los conozco también de primera persona. Pero eso es para otro Libro…

¿Y que es este libro?

Es más que una colección de impresiones, situaciones y verdades del protagonista.

Es un poema con la visión del autor sobre lo que es el ecosistema del Dj. Ese ecosistema formado de sonidos, colores, dinámicas sociales y momentos como marco de fondo para relatar la búsqueda profunda del autor.

Es además la necesidad del autor de frenar, ver para atrás, sacar conclusiones y volver a avanzar. Es decir, hacer lo que hacía en esta industria, pero con su vida, es decir, Apagar el beat y volver a prenderlo, para la próxima.

En esta actividad, "apagar" significa mucho. Es cerrar un rito tribal. Significa despedirse momentáneamente de experiencias y dinámicas. Pero lo bueno es que no es definitivo. Tarde o temprano se vuelve a prender.

Y este libro es eso…prender eternamente. Experiencias, dinámicas y situaciones, pero sobre todo, aprender a través de toda esa experienecia.

Por eso es muy interesante el título que se eligió para este libro. Porque la concepción de apagar, aquí, no es eterna…es suspender momentáneamente algo para que vuelva a prender, en el caso de esta actividad, semana a semana.

Aprender, prender cada semana…

Y así como es un aprendizaje para su propia vida, también es un relato, una brújula para los que siguen en carrera, y para los que empiezan….aquellos que no saben lo que es cargar 150 discos de vinilo A las 7:00 de la mañana volviendo a casa, después de cuando el beat se apaga…

Y cuando el beat se apaga habla justamente de eso, de la necesidad de mantener viva la esencia original del artista, con todo el sacrificio que eso significa..

Y al final, la vida sigue, aun cuando el beat se apaga…

Capitulo 1

Vehículo del espíritu

Hay personas que escriben libros para demostrar lo que saben. Yo escribo esto para recordar lo que no quiero olvidar.

Durante años puse música en clubes, fiestas, hoteles, playas, boliches, casamientos, casas, campos, barcos. En lugares que brillaban por su lujo o por su mugre. Con equipos de última generación y con consolas atadas con cinta. A veces fui *headliner*. A veces ni figura.
Siempre fui testigo. Y, a veces, también, médium.

Este libro no es un recorrido por mis logros ni un catálogo de técnicas. Es una bitácora emocional, una forma de dar sentido a lo que viví. Lo escribo porque hay cosas que no quiero que se pierdan: nombres, equipos, tracks, momentos, mezclas, gestos, errores, descubrimientos, pistas que bailaron sin saber que hacían historia.

No hay acá una teoría del *DJing*, pero sí una certeza: el DJ no es solo el que pone música. Es el que escucha lo que todavía no suena, el que detecta una emoción antes de que sea moda, el que conecta puntos invisibles y transforma una pista en un lenguaje común.

Durante mucho tiempo creí que no había hecho nada relevante. Que mi aporte era menor, descartable, prescindible. Pero hoy sé que el relato de una época se arma con fragmentos. Y que mi fragmento también importa. Porque es único, porque es real, porque no se puede volver a vivir.

Este libro no es una biografía, ni una guía técnica, ni una venganza tardía.
Es apenas un intento por dejar constancia de una época y de una sensibilidad.
Porque el sonido de una pista no se archiva.
Porque lo que alguna vez sonó —y nos atravesó— no puede recuperarse en ninguna plataforma.
Todo lo que no fue oficial fue borrado.
Versiones, ediciones, grabaciones en vivo.
Lo que no generaba ganancias, no merecía existir.

Y hoy, cuando alguien me pregunta cómo sonaba una cabina en 1999, solo puedo responder desde la emoción.
No hay pruebas.
Solo memoria.
Lo que queda… es lo que sentimos. Y, tal vez, lo que sintamos juntos… nos ayude.
A reconstruirnos.

Capítulo 2

El DJ invisible

"Hay mezclas que no se escuchan: se sienten."

Hubo un tiempo en que mezclar era un acto invisible. Invisible al oído.
Una mezcla bien hecha no se nota, pero se siente.
Es esa sutileza que une dos *tracks* sin que nadie lo advierta.
No hay ovación. No hay aplauso.
Solo una continuidad perfecta que transforma la pista en un trance compartido.

Durante muchos años, ese fue mi estado natural. Me escondía detrás de los equipos.
Ponía música con auriculares prestados, en lugares improvisados, con sistemas que a veces eran un caos.
Pero ahí, en ese caos, aprendí a escuchar, a sentir la energía de una sala, a leer el cuerpo de los demás, incluso cuando el mío temblaba por dentro.

Con los años entendí que la mezcla no se da solo entre dos *tracks*.
También se mezcla con el ambiente, con el sistema de sonido, con la forma de la sala, con la acústica, con el estado anímico del público.
Todo eso se cuela como un tercer canal invisible.
Un mismo cruce puede sonar increíble en un club cerrado con buena acústica y no funcionar en un galpón abierto, o viceversa.
Hay que saber escuchar el espacio, leer la energía y, a veces, corregir en tiempo real.

El arte de lo experimental —de lo que no se escucha pero se percibe— tiene para mí un enemigo invisible: el monitor.
Porque lo que busco es estar en el medio de la pista, pero solo puedo lograrlo mediante un recuerdo auditivo: de la prueba de sonido que a veces logro hacer antes, o simplemente del recuerdo que mi memoria genera después de los primeros dos *tracks*.

Esto cobra mucho más sentido para los que venimos de antes del boom de los sistemas frontales tipo *Line Array*.
Allí el DJ quedó apartado de lo que sucede. Está en otro mundo.
Y eso, para mí, lo vuelve menos personal.

Por eso la sensación del club, en contraste con los festivales, es más íntima, más propicia para percibir estas sutilezas.
Recuerdo La Morocha (Buenos Aires), donde los JBL 4770 estaban montados a derecha e izquierda del DJ, a su misma altura.
La cabina no estaba elevada.
Allí el monitor se volvía una pieza sobrante.
Lo mismo sucedía en Mint Buenos Aires y en otras discotecas de esa época.

En los años previos al boom de las pantallas y las formas de onda, mezclar era un acto casi místico.
No tenías una visual previa del *track*.
No podías ver cuándo venía el bombo ni cuándo cortaba el *hi-hat*.

Era todo por oído, por intuición, por haber escuchado el tema una y otra vez hasta memorizar cada pausa, cada *build-up*, cada caída.

Mezclar con vinilos —o incluso con los primeros *CD players*— exigía un tipo de atención que te transformaba.
No podías hacer otra cosa que estar ahí, 100 % presente.
Y tal vez por eso, las mezclas logradas en ese entorno tenían una fuerza única.
Porque no venían del cálculo.
Venían de un vínculo emocional real con la música.

Una vez, en una fiesta privada en Punta, estaba mezclando un *track* melódico con otro mucho más percusivo.
Lo hice tan lentamente que, por un instante, sentí que no existía el tiempo.
Cuando terminó el set, una chica se me acercó y me dijo:
—En un momento, pensé que estaba escuchando una sola canción que nunca terminaba.
No lo dije, pero eso era exactamente lo que buscaba.

También vi cambiar el lugar del DJ en la escena.
De estar oculto en una cabina escondida, muchas veces al costado o al fondo, pasamos a estar en el centro, sobre tarimas, con pantallas y visuales gigantes.
Se volvió *show*.
Se volvió estatus.
Y aunque celebro esa visibilidad, a veces extraño aquella época en que éramos solo el canal.
Ni protagonistas, ni estrellas.
Solo médiums de algo más grande, que sonaba y se movía a través nuestro.

No hay teoría que enseñe eso.
Solo tiempo, amor y escucha.
Mucha escucha.

Capitulo 3

Cabinas argentinas

Las cabinas fueron mi segundo hogar.
No importaba si eran grandes, chicas, improvisadas o hechas con dos parlantes arriba de una heladera: ahí me sentía entero.

La primera cabina que recuerdo bien no estaba en un club de moda ni en una fiesta electrónica.
Estaba en casa.
Tenía mis auriculares Stanton, esos de un solo audífono que se montaban sobre el hombro con una felpa.
No recuerdo el modelo exacto, pero era como un brazo extendido desde mi cuerpo: algo entre prótesis y extensión del alma.

No eran fáciles de conseguir.
Y cuando se rompieron, pensé que no iba a poder reemplazarlos nunca más.
Hasta que descubrí los *Acoustiks*, los únicos que ofrecían algo parecido.
Fue como recuperar una parte de mí que la historia parecía haber olvidado.

Las cabinas argentinas tenían eso: te obligaban a adaptarte, a inventar, a improvisar.
Pero también a amar lo poco que tenías.

No siempre había un estándar.
A veces tocabas con mixers sin *crossfader*, bandejas que se deslizaban solas, auriculares que se desintegraban a mitad de set.
Pero también había lugares donde el cuidado era absoluto, donde el técnico te preguntaba con qué mixer te sentías más cómodo, donde el sonido estaba bien plantado y uno podía simplemente dejarse llevar.

Aprendí a leer un lugar por su cabina.
Y a leer a un DJ por cómo se movía dentro de ella.
Había quienes se sentían turistas y quienes se volvían parte del circuito eléctrico del lugar.

Mi forma de tocar no era técnica pura.
No pensaba en escalas ni en *beatmatching* perfecto.
Pensaba en emoción, en relato.
Una mezcla tenía que contar algo, no solo sonar bien.

En esa búsqueda, cada equipo tenía un rol emocional.
Los *CDJ-100* de Pioneer, por ejemplo, fueron un puente entre lo táctil del vinilo y lo práctico del futuro.
Las bandejas Technics 1200 eran la ley.
Y los primeros controladores, aunque resistidos al principio, empezaron a mostrar algo interesante: que la intuición podía ser digitalizada, pero no reemplazada.

Cabina a cabina, fui armando una especie de archivo afectivo: de marcas, de ruidos, de cables que chispeaban, de monitores mal puestos… y también de noches perfectas.

A veces pienso que no fui tanto un DJ, sino un arqueólogo de cabinas: un tipo que iba descubriendo vestigios del oficio en cada lugar nuevo donde lo dejaban expresarse.

Capítulo 4

El 12-inch: el verdadero inicio de la electrónica

En las cabinas argentinas, entre bandejas prestadas y mixers que parecían sobrevivir de milagro, había algo que siempre brillaba: el vinilo de 12 pulgadas. No era un detalle menor. El formato mismo parecía decirnos que la música ya no era solo un producto para escuchar sentado, sino una herramienta para mezclar, para reinventar en vivo.

La versión de *Grace Jones – Pull Up to the Bumper* (12-inch, 1985) es el ejemplo perfecto. Un *jam* interminable, pensado para la pista más que para la radio. Ese *groove* funky-electro-disco no se agotaba: lo podías tocar, cortar, volver a empezar. Era, en cierto modo, un *loop* humano en una época donde todavía no existían controladoras ni *software*.

Yo lo viví en carne propia. A fines de los noventa y principios de los dos mil, más de una fiesta la arranqué con *La Vie en Rose*, otra joya de Grace. Y en esos *warm-ups*, *Pull Up to the Bumper* era mi arma secreta: un *hook* eterno, elegante y provocador. Claro que ponerlo en Buenos Aires no siempre era fácil. La diversidad cultural empezaba a desdibujarse y la cumbia se llevaba puesta casi toda la pista. Pero cuando Grace sonaba, aunque fuera unos minutos, se abría un respiro distinto: un momento donde la pista se permitía bailar con otra cadencia.

Se dicen muchas cosas sobre el inicio de la música electrónica. Algunos lo remontan a las primeras máquinas sonoras del siglo XIX, como el *Telharmonium* de 1897, o a experimentos de laboratorio con osciladores y sintetizadores primitivos. Otros lo ubican en los sesenta, con los experimentos de Stockhausen o las primeras cajas de ritmo. Y, claro, para muchos la verdadera chispa está en los setenta con Kraftwerk, pioneros en llevar la máquina al formato canción.

Todo eso puede ser cierto en términos históricos. Pero para mí, la música electrónica —como cultura de pista, como experiencia colectiva— nació con el 12-inch. En ese vinilo extendido estaba el germen: la repetición, el *loop*, la idea de que la música no tenía que terminar a los tres minutos, sino que podía estirarse para bailar, para entrar en trance, para mezclar. Ahí, en ese *jam* eterno, empezó la electrónica tal como yo la viví.

Ese espíritu del 12-inch sembró lo que vino después: el *house*, el *techno*, el *garage*. Porque ahí estaba todo:

- el bajo heredado del *funk*,
- la sensualidad del *disco*,
- la máquina del *electro*.

Para mí, ese fue el verdadero inicio de la electrónica: no cuando aparecieron los géneros, sino cuando la música empezó a pensarse como herramienta para el DJ, como materia maleable que se estiraba y se reinventaba en la cabina.

Quizás por eso, de todos los géneros electrónicos, el que más me marcó fue el *club house* de los 2000 y el que todavía hoy me emociona. Sellos como *Purple Music*

supieron tomar lo mejor de aquel *funk* y *disco*, pasarlo por la producción moderna y devolverlo a la pista con brillo renovado.

Con el tiempo lo entendí: lo que me hace mover no es la moda ni el BPM, sino esa energía que nació en los ochenta con un vinilo de 12 pulgadas girando lento, *grooveando* eterno.

Capítulo 5

Dos relatos, un mismo pulso

En Estados Unidos, la música electrónica nació como un acto de diversidad cultural musical. En clubes de Chicago, Detroit o Nueva York, la pista era un refugio: negros, latinos, *queer*, *outsiders*. No era industria, era comunidad. Y de esa convivencia surgieron el *house*, el *techno*, el *garage*: sonidos creados para bailar juntos, para resistir, para inventar un espacio donde lo distinto no solo era aceptado: era el corazón de la fiesta.

Después vinieron los ingleses. No inventaron el sonido, pero lo reempaquetaron para otra audiencia: chicos blancos de clase media. Lo convirtieron en producto. Lo editaron en compilados con tapas brillantes, lo llevaron de gira, lo metieron en revistas y lo vendieron como si fuera suyo. Y lo hicieron tan bien que el mundo entero terminó comprando ese relato.

En Buenos Aires la cosa fue distinta. La diversidad existía, y sigue existiendo, pero lo que se fue perdiendo con el tiempo fue la diversidad cultural musical. A fines de los noventa, la movida era *under* y variada, con un espíritu mucho más cercano a Nueva York: un mosaico de influencias, gente distinta encontrándose en una misma pista. Pero la legitimidad, la "seriedad", parecía venir con sello inglés. *Global Underground*, *Ministry of Sound*, *Renaissance*: eran ellos los que marcaban la vara de lo que estaba "bien" o "mal" poner.

Así se armó una mezcla rara: bailar con alma neoyorquina y acreditación inglesa. Sentir el pulso diverso de la raíz estadounidense, pero presentado con estética británica. Un mismo *beat*, dos relatos distintos.

Y, en lo personal, pienso en lo importante que fue Germán y todo nuestro grupo. Porque, si no hubiera sido por él, en gran medida quizás el *trance* de Tiësto o Ferry, el *techno* de Hawtin y tantos otros géneros no habrían tenido espacio acá. Y muchos lo hicimos no solo como negocio, sino como cultura, porque amábamos esa música. Y también me queda el lamento de no haber traído más veces a DJs como Erick Morillo, Louie Vega, *Masters at Work*… hubiera sido increíble. Pero lo cierto es que sabíamos y vibrábamos esa historia cuando poníamos música.

Y, de alguna manera, esa vibración fue también el inicio de otra época, donde cada *track* podía renacer en mil versiones, a veces enriqueciendo la pista y otras diluyendo su esencia. Esa fue la era de la cultura remixada.

Capítulo 6

Cultura remixada

No todo lo que se mezcla mejora.

Durante un tiempo, creí que la escena electrónica era un lugar libre:
donde el talento, la sensibilidad y la entrega alcanzaban para que uno pudiera tocar, crecer, pertenecer.

Pero no.
O no del todo.

Con el tiempo fui viendo que había un orden invisible detrás de la cultura que decíamos habitar.
Un orden que no se organizaba en oficinas, sino en silencios.
Donde no te decían "no podés tocar acá", pero el teléfono no sonaba más.
Donde no había censura explícita, pero ciertos nombres dejaban de figurar en los *flyers*.

La escena se volvió un algoritmo humano: reproducía lo que ya funcionaba, premiaba lo que sonaba parecido y anulaba lo que no encajaba en su filtro.

Lo vi muchas veces.
Lo viví algunas.
Y lo más doloroso no fue quedar afuera, sino entender que nadie podía decir por qué.

No era un error técnico.
No era una denuncia concreta.
Era algo más turbio y más sutil: la decisión colectiva de mirar para otro lado.

En un momento, lo alternativo dejó de ser valorado como riesgo o frescura.
Pasó a ser considerado molestia: un ruido fuera del BPM de la industria.

Y lo peor: muchos de los que en su momento pelearon por abrir puertas terminaron cuidándolas.

Hubo excepciones, claro.
Cuando se abrió la puerta de *Play Collective*, un colectivo de artistas que formamos con Juan José y muchos otros, por ejemplo, algo distinto ocurrió.
No se prometió nada, pero se escuchó todo.
La invitación era simple: compartir sin miedo, remezclar sin jerarquías.
No fue perfecto. Pero fue real.
Y aunque algunos creyeron que abrir esa puerta sería el comienzo de una nueva agencia, lo que realmente quedó abierto fue algo más invisible: la posibilidad de volver a confiar en que todavía se podía hacer escena sin exclusión.
Una escena remixada, sí, pero con alma.

—Si sos DJ y querés crecer, tenés que irte de Argentina —dijo un DJ una vez.
Y no lo decía con bronca.

Lo decía con pena.
Con la certeza de quien ya entendió cómo funciona la maquinaria del impedimento.

Ahí empecé a ver con claridad: que el problema no era que la escena hubiera cambiado.
Era que se había vuelto predecible.
Y la previsibilidad, en la música, es una forma de muerte lenta.

Esa cultura del *remix* tenía un costado fascinante, pero también aceleró algo que terminó por empobrecer la experiencia: la ansiedad de ir siempre al clímax, de no dejar respirar la pista.

Y así, casi sin darnos cuenta, se fue perdiendo uno de los artes más delicados y más importantes de la cabina: el *warm-up*.

Capítulo 7

El arte perdido del warm-up

El *warm-up* fue siempre mucho más que una "previa" o una entrada en calor. Era un arte sutil, un espacio de transición entre el silencio de la sala vacía y el estallido de la pista llena. No se trataba de poner la música más lenta, sino de crear un clima, de invitar a la gente a entrar en la cadencia de la noche.

Un buen *warm-up* no buscaba apurar al público: lo seducía. Había algo del orden de la espera con sentido. Una antesala de lo que vendría, administrada con paciencia. El DJ sabía que en esa tensión estaba la clave: si aceleraba de golpe, la magia se perdía; si lo construía de a poco, la pista se volvía un imán.

Yo lo viví en Buenos Aires a fines de los noventa y principios de los dos mil. *Imagination – Just an Illusion*, *Michael Jackson – Billie Jean* o *The Gap Band – Outstanding* eran armas perfectas para ese arranque. Canciones de medio tiempo, con *grooves* irresistibles y vocales que cargaban de emoción la sala. No eran *hits* de *peak time*, pero en un *warm-up* funcionaban como portales: abrían la pista con elegancia, generando un espacio distinto, un pulso más humano.

El *warm-up* daba lugar a la diversidad cultural musical. Permitía que convivieran *funk*, *soul*, *disco*, rarezas de vinilos difíciles de conseguir. Sonaban temas que jamás habrían entrado en una lista oficial de *hits*, pero que en ese momento íntimo tenían un poder único. Eran el recordatorio de que la noche no era solo un clímax: era un viaje.

Con el tiempo, ese arte se fue perdiendo. Primero porque la hegemonía de la cumbia arrasó con todo en muchos boliches argentinos, dejando poco lugar para otra cadencia. Después, en la misma electrónica, la ansiedad del público (y de algunos DJs) llevó a arrancar ya en modo *peak*, quemando la pista desde el minuto cero. El resultado fue una homogeneización peligrosa: todo empieza igual, todo suena igual, todo termina igual.

Hoy quedan pocos que sigan cultivando ese espacio. Algunos reductos, como los que arma Beto en la City, siguen celebrando la paciencia y la magia del *warm-up*. Y cuando uno lo escucha, se da cuenta de lo que se perdió: la capacidad de preparar la pista como si fuera un viaje, no una carrera.

Porque un buen *warm-up* no era solo música: era seducción, era tensión administrada, era cultura. Era recordarle a la gente que la pista no empieza cuando explota, sino mucho antes: en ese instante donde el *beat* todavía acaricia en lugar de empujar.

Y en ese juego de climas se escondía también otra verdad: no toda la música tenía que ser de club para conmover a la pista. Había canciones que venían de otros mundos —del pop, del *funk*, de la radio, incluso de la calle— y que igual tenían poder. Eran parte de un catálogo invisible, un repertorio social que cruzaba generaciones y que, cuando sonaba, desarmaba cualquier frontera de estilo.

Capítulo 8

El catálogo bailable

Hay canciones que tienen licencia social para ser bailadas.
Son himnos que se pasan de generación en generación, como un catálogo invisible que habita las pistas, los casamientos, los cumpleaños, las fiestas de egresados.

Hay un manual no escrito, pero muy vigente.
Un algoritmo sin código, pero con reglas claras.
Son esos *tracks* que, aun sin sonar en la radio del momento, logran que la gente se levante de la silla y diga:
"¡Esta me la sé!".

Y no es solo por la canción.
Es por el momento. El lugar.
La historia que arrastra.
Porque hay canciones que se vuelven bailables por acumulación de recuerdos, por la cantidad de veces que fueron usadas para celebrar.
Y entonces ya no importan los BPM ni la tonalidad: lo que importa es el efecto emocional inmediato.

Ese efecto tiene una genealogía.
Y como DJ, hay que conocerla.
No para repetirla, sino para entenderla.
Para saber cuándo invocarla y cuándo proponer algo nuevo.

Porque, si bien el catálogo bailable funciona como refugio seguro, también puede volverse prisión si no se lo interviene.

Un buen DJ sabe cuándo subirse al tren de lo conocido y cuándo desviarse hacia un *track* que nadie pidió, pero todos agradecen.
Y ahí está el arte: en esa línea sutil entre lo popular y lo inesperado, entre el *hit* comprobado y la gema oculta.

El catálogo bailable, entonces, no es estático.
Se actualiza con el tiempo.
Se resignifica.
Y cada pista, cada evento, es una oportunidad para expandirlo o desafiarlo, para agregarle un capítulo más.
Porque lo que hoy es raro, mañana puede ser clásico.
Y lo que fue clásico puede volver con otra fuerza.

No se trata de complacer.
Se trata de conectar.
Y en ese sentido, entender el catálogo bailable es entender al público como una comunidad emocional:
como una red de vivencias que resuenan al unísono cuando suena la canción justa.

Capítulo 9

El catálogo de las emociones

Hay DJs que son coleccionistas.
No de vinilos —aunque también—.
Coleccionistas de emociones.

De esas sensaciones únicas que quedan grabadas en la memoria cuando un *track* irrumpe y cambia todo.
Esos momentos que te hacen levantar la cabeza, abrir los ojos, cerrar los ojos… o llorar en medio de una pista.

Esa es la verdadera colección: un catálogo de emociones que se va curando con el tiempo.

Buscar canciones que hagan sentir algo no es solo una tarea de selección musical.
Es un ejercicio espiritual y emocional.
A veces se pasan horas navegando entre temas sin encontrar nada.
Hasta que aparece uno.
Uno que toca algo.
Que te rompe o te repara.
Que te recuerda quién sos o te muestra algo que no sabías que estaba en vos.

Esa es la joya.
Y el trabajo del DJ es detectarla, sentirla primero, guardarla en el corazón y después —si llega el momento— compartirla.

Algunas canciones están hechas para bailar.
Otras, para respirar.
Algunas te hacen cerrar los ojos.
Otras te despiertan algo ancestral.
Y todas, si están bien elegidas, pueden decir más que mil palabras.

Porque en la pista, el DJ no habla: narra sin voz.
Con sonidos, con decisiones, con el momento exacto en que pone una canción y no otra.
Como un escritor que elige las palabras justas, el DJ elige qué emoción quiere evocar.

Este catálogo no es visible.
No se imprime. No se muestra.
Se siente.
Se vuelve cuerpo, piel, mirada.

Y aunque cada set es distinto, hay una coherencia interna: la del alma de quien lo arma.
Algunos DJs tienen un catálogo alegre.
Otros, nostálgico.
Otros, sensual.
Y otros —como yo— quizás un poco melancólico… pero esperanzado.

No importa el tono: lo que importa es que sea auténtico.
Esa autenticidad es lo único que no se puede falsificar.
Y se nota. En la pista se nota.
Porque cuando el DJ pone una canción que lo atraviesa, la pista lo sabe.
Y se deja atravesar también.

Por eso, el catálogo de las emociones no se mide en cantidad de *tracks*, sino en calidad de vibraciones: en cuánto de verdad hay en esa selección y en cuánto de uno mismo se está dispuesto a compartir cada vez que se aprieta *play*.

En los años de La Morocha, yo andaba mucho con un amigo del colegio llamado Leandro.
Le encantaba la música electrónica, pero un día, tras escuchar varias veces **"Don't Give Up"** de Chicane, me miró emocionado y me dijo:
—Martín, este *track* me da esperanza.

Primero me quedé perplejo.
Pero al ver sus ojos entendí que era tal cual.
Es un *track* que transmite algo de eso.
Si uno pudiera "emocionalizar" un tema, ese lo lograba.

Ese tipo de momentos también forma parte de este catálogo intangible: cuando una canción no solo suena bien, sino que genera un eco emocional profundo en otro.
Esa es la verdadera magia del DJ: ser puente entre una emoción y alguien que necesitaba sentirla.

Pero no siempre la emoción fluye.
A veces, los ritmos culturales no corren al mismo tiempo y uno se encuentra con el **NO**.
Con el *crash*.
Con la mirada que no entiende, los pies que no se mueven.

Pasa.
Y cuando pasa, hay que pensar rápido.
¿Cómo salís de ahí?
¿Qué puente construís entre ese silencio y la posibilidad de conexión?

Hay canciones que, aun siendo hermosas, no logran mover nada hasta que aparece un remix que las vuelve bailables.
Porque no toda canción que emociona funciona en una pista.
A veces necesita una nueva forma.
Una relectura.

Y ahí también está el arte del DJ: reconocer el potencial dormido en un *track*, y saber esperar —o crear— su momento.

Es en esos momentos de desconexión donde se pone a prueba el catálogo interno.
No solo el de emociones, sino el de estrategias, intuiciones, recursos.

Porque no hay manual.
Hay que leer la pista como se lee el alma de un amigo: con empatía, con paciencia, con

escucha.
Y, a veces, con coraje.
El coraje de cambiar el rumbo en medio del vuelo.

Capítulo 10

Rechazar también es elegir

A veces, crecer no es avanzar.
Es saber cuándo no moverse.
Cuándo no ceder.
Cuándo decir que no.

Durante años vi cómo otros se alineaban con ciertos boliches, marcas, sellos o productoras.
Y aunque varias veces me ofrecieron lugares, sentí que no eran para mí.
No porque me creyera superior.
Ni por rebeldía.
Simplemente, no me sonaba.
Y si no suena, no va.

Esas oportunidades "grandes" que dejé pasar no siempre fueron fáciles de soltar.
Había ego, había hambre, había ganas.
Pero también había una voz adentro que me decía:
"Ese camino no te incluye. Vas a entrar, pero te vas a apagar."

Decir que no, para muchos, es perder.
Para mí, fue una forma de no traicionarme.

No todo fue digno ni elegante.
A veces dije que no por miedo, por dudas, por agotamiento.
Otras, porque directamente no quería ser parte de lo que veía desde adentro: un sistema que se vestía de *underground* pero funcionaba como una pequeña oligarquía de la noche.

Rechazar también es elegir.

Elegí mantenerme con los míos.
Tocar donde el ambiente era real,
donde la pista no exigía disfrazarse.
Elegí armar cosas desde cero, incluso cuando costaba el triple.
Elegí alejarme cuando sentí que ya no podía decir nada nuevo.

Y no lo lamento.

No cambió el mercado.
Pero cambió un instante.
Y ese instante me cambió a mí.

El éxito no vino en forma de contrato,
ni de flyer en neón.

Vino en forma de respeto propio.
De saber que no me transformé en alguien que no quería ser.
Y eso —aunque no cotice en redes sociales—
es una victoria que todavía sigue sonando.

Capítulo 11

La fiesta como verdad

Hay momentos en los que todo hace sentido.
Donde no hay marketing, ni ego, ni plan de carrera.
Solo un sonido que aparece, un gesto mínimo de alguien en la pista, una conexión que no se puede explicar… pero tampoco se puede negar.

Eso es una fiesta, cuando es de verdad.

No pasa siempre.
Hay miles de noches buenas.
Y unas pocas que son inolvidables.
No por el número de personas, sino por la calidad del vínculo invisible que se genera entre quien pone música y quien la recibe.

Una de esas noches fue la que viví en la fiesta **Blue**, en el Hípico Argentino.
Tocábamos con Marcos.
No habíamos ensayado ni pactado nada.
Solo nos dejamos llevar.
Y algo pasó.

En un momento, la conexión fue tan fuerte que dejó de haber "dos DJs".
Se formó una tercera entidad: una especie de conciencia sonora compartida.
El público se dio cuenta.
Nadie bailaba con euforia.
Todos simplemente miraban.
No hacia nosotros, sino hacia eso que habíamos creado: ese puente invisible entre lo que éramos y lo que soñábamos ser.

No volvió a pasar de esa forma.
Porque no se puede forzar.
Fue único.
Y suficiente.

Otra escena: un atardecer en José Ignacio.
Sasha tocaba en **Cream Sunset**.
Entre sus *tracks*, metió un remix de **Better Man** de Pearl Jam.
Todavía puedo sentir la piel erizándose.
No fue por lo técnico, ni por lo inesperado.
Fue porque alguien se atrevió a emocionar sin subrayar.
Y lo logró.

La música no solo sirve para hacer bailar.
Sirve para abrir una grieta en el tiempo, por donde se cuela algo que no sabemos nombrar pero que nos transforma.

Y aquí se hace presente nuevamente la anécdota con Leandro, cuando me miró con los ojos húmedos y dijo:
—Este *track* me da esperanza.

En ese momento entendí algo: que un tema puede ser más que un tema.
Puede ser consuelo. Espejo. Antídoto.

La fiesta, cuando es verdadera, no necesita luces.
Solo necesita verdad.
Y cuando esa verdad suena, nadie se olvida.
Ni el que la pone, ni el que la escucha.

Capítulo 12

Pequeñas revoluciones tecnológicas

No siempre se trató de saber mezclar.
A veces, lo que marcaba la diferencia era **con qué** lo hacías.

Durante años, los equipos no fueron solo herramientas.
Fueron parte del relato.
Había mixers que invitaban a jugar, bandejas que parecían tener alma, auriculares que no solo te dejaban escuchar, sino también sentir.
Y en esa relación íntima entre humano y máquina se moldeaba un estilo.

Me acuerdo de las primeras veces que vi una bandeja **Technics 1200**.
Era como estar frente a una pieza sagrada.
No porque fuera inaccesible, sino porque tenía una precisión que uno respetaba.
Podías errar vos, pero ella no erraba nunca.

Más tarde llegaron las **compacteras Denon**, que fueron estándar de la industria durante casi una década.
El **CDJ-100** de Pioneer fue uno de los primeros en abrir la puerta a otra forma de tocar.
Ya no se trataba solo de manipular vinilos: ahora había memoria interna, *loops*, efectos.
Muchos lo resistieron.
Otros lo entendimos como una posibilidad: la mezcla ya no era solo física.
Era mental.

Y después, claro, vinieron los **controladores**.
Vestax fue pionera.
Y con ella, la posibilidad de mezclar con el cuerpo entero, no solo con las manos.
Había un modelo que parecía hecho para bailar con los dedos.
Tenía un *crossfader* que casi pedía ser acariciado, no usado con fuerza.

Años después conocí el **Pacemaker**.
No fue amor a primera vista.
Fue otra cosa.
Fue ver el video por recomendación de Christian —el hijo del mejor amigo de mi viejo— y sentir algo que no pasaba seguido: una emoción técnica.
Compré el entusiasmo de él antes que el equipo.
Pero cuando lo tuve en las manos, entendí que esa emoción era real.

El Pacemaker no cambió el mercado.
Pero cambió un instante.
Permitía hacer todo con fluidez.
Controlar múltiples funciones al mismo tiempo, solo con los dedos.
Era compacto, elegante, sensible.
Y sí: permitía expresarse sin esfuerzo, algo que pocos equipos lograron.

Eran épocas en las que no existía tanta "norma técnica".
Uno tocaba con lo que podía conseguir.
Y por eso, cuando un equipo era bueno, se lo cuidaba como a un tótem.

No importaba si era de marca o no.
Lo que importaba era si te respondía.

Porque cuando un equipo te escucha, tu set cambia.
Y cuando no lo hace, también.

No fui un técnico purista.
Fui un DJ emocional.
Y en ese vínculo con los equipos encontré otra forma de contar quién era, incluso antes de poder decirlo con palabras.

Capítulo 13

Dejar huella sin firmar

Hay cosas que no necesitan nombre para tener peso.
Hay *tracks* que nunca se editaron oficialmente, pero circularon igual.
Hay proyectos que nacieron sin plan de marketing y, aun así, dejaron marca en quien los vivió.

Eso fue **Audiction**, con Brian.
Un proyecto que empezó sin pretensión, pero con una escucha afinada.
No era solo música: era una forma de leer lo que todavía no estaba en la pista.
Detectar lo que pronto sería una propiedad cultural compartida.
Y en esa maestría de la escucha, aparecieron varios *tracks*.

Uno en particular, aunque nunca salió a la luz, es un hit silencioso entre quienes lo tienen.
El que lo puso lo sabe.
Y el que lo escuchó lo recuerda.

Uno de esos sets lo presentamos en vivo en una discoteca de Castelar.
Esa noche, el *headliner* era **Anthony Pappa**, un talentoso DJ y productor australiano.
Pero nosotros tocamos antes.
Y aunque no era nuestra fiesta, pusimos nuestra alma en ese *warm-up*.

Después vino **Argie Boy**.
Un nombre que parecía un chiste interno, pero escondía una verdad seria.
Nació como homenaje a los años en el archivo de marcas y patentes, donde trabajábamos con Luis.
Él era fanático de Los Redondos.
Y en esos días compartíamos discos, silencios y mates.

Con Diego hicimos para Argie Boy cuatro *tracks* y tres sets bajo ese alias.
Nunca fueron pensados como "lanzamiento".
Eran más bien momentos sonoros que necesitábamos compartir.

En otro momento, un DJ sueco utilizó uno de mis *edits* en su set.
Me enteré por Juan José, que vino entusiasmado a contármelo.
Y aunque ese *track* también apareció online un par de veces, nadie sabía que era mío.
Tampoco hacía falta.

No viví obsesionado con que se supiera que algo lo hice yo.
Viví atento a que eso que hice tuviera sentido para alguien más.

Porque cuando uno suelta algo verdadero al mundo, no importa si vuelve con nombre.
Lo que importa es que siga sonando en algún lado, aunque nadie aplauda al final.

Capítulo 14

Mutaciones

No me fui porque me fuera mal.
Me fui porque ya no había nada nuevo que decir en ese idioma.

Después de tantos años entre boliches, *flyers*, consolas y estructuras circulares que repetían siempre los mismos nombres, sentí que necesitaba otra frecuencia.

No sabía bien qué buscaba, pero sí lo que no quería:
no quería seguir sonando donde ya no se escuchaba.
No quería quedarme donde lo único que cambiaba era la grilla.

Así llegué a otro estado.
Primero de visita.
Después, como quien encuentra un nuevo *tempo* interno.
No todo fue idílico ni fácil, pero algo se ajustó.

El sonido de la naturaleza.
El tiempo más lento.
La mirada más limpia.
Y, sobre todo, la posibilidad de crear desde otro lugar:
no desde el hambre, sino desde la calma.

Allí retomé proyectos.
Volví a poner música.
A veces para otros, a veces para mí.
Pero siempre con más claridad.

Ya no necesitaba demostrar nada.
Solo quería seguir escuchando lo que todavía no se dice.

Fue también en ese entorno donde apareció la idea de **Track Hunter**:
una herramienta para analizar sets completos, detectar *tracks*, niveles de energía y conexiones emocionales.
Una especie de oído aumentado.
Una tecnología que escuche como escucha un DJ de verdad.

No la pensé como negocio.
La pensé como una forma de compartir esa sensibilidad que no siempre se enseña:
el poder de leer un set como un relato, no como una lista de temas.

Ya no quería ser “el DJ de Buenos Aires”.
Quería ser el que sigue escuchando distinto, aunque nadie lo note.

Porque mutar no es empezar de cero.
Es reconfigurar la misma esencia en otro paisaje.

Cambiar el envoltorio, pero conservar la llama.
Y, a veces, eso basta.

Hoy sigo mezclando.
No como antes —ni como todos—, pero desde un lugar más limpio, más mío.
Sigo armando fiestas: a veces íntimas, otras no tanto.
Pero siempre con la intención de crear un espacio donde la música no se grite, sino que se entienda.

Produzco cuando me nace.
Comparto cuando tiene sentido.
Y me corro cuando no hace falta estar.

No tengo una estrategia de visibilidad.
Tengo una relación viva con el sonido.
Y eso, para mí, es más que suficiente.

Capítulo 15

Lo esencial es invisible al oído

Lo que ves desde ahí arriba.

El poder de unir que tiene la música se puede apreciar muy bien desde la cabina de un DJ. Durante mi residencia en **Caix Matinée**, mi primera residencia, empecé a entrar en contacto con eso: cómo miles de personas se olvidaban de todo por unas horas, y cómo el único idioma común era la música y las ganas de bailar.

Haber pasado de ser un asistente más en ese fenómeno cultural a convertirme en el DJ, años más tarde, fue una de las grandes gratificaciones que me dio la vida. Allí todo era pura diversión, en un entorno copado en su totalidad por adolescentes, que son siempre los grandes impulsores de lo nuevo.

De aquellas épocas de Caix recuerdo que una de las claves del éxito era con qué tema arrancar. Se hacía un *warm-up* de una hora aproximadamente, y después venían dos horas a puro remate.

Me llega por intermedio de Germán un CD promo de BMG. En su última posición incluía un track titulado **Eiffel 65 – Blue (Da Ba Dee)**. Lo escucho y el tema me vuela la cabeza. Me resuena por todos lados como ese gran track para abrir la matinée. Así fue que decidí ponerlo.

¡Boom!

Después del éxito que consiguió ese tema esa noche, fue licenciado por la empresa donde Germán trabajaba como *label manager*.

Fue un acto de fe ciega. Fe en la intuición.

Y lo más notable de esa intuición es que no estaba validada por ningún algoritmo, ni por estadísticas de reproducciones, ni por pruebas A/B como se usan hoy. Era una certeza muda. Una escucha íntima y personal.

En ese tiempo, no existían los puentes de comunicación global que tenemos ahora. Lo que funcionaba en un lugar no necesariamente se replicaba en otro. Y esa fue la verdadera audacia de ese gesto: confiar en algo que no se veía. En un saber interno que, sin evidencia, se sentía verdadero.

Ahí se halla, quizás, la esencia de este oficio: saber leer lo invisible, lo inaudible, y aun así arriesgar.

Hoy, muchos entienden lo que fue furor como si hubiera sido un error. Cambió el lenguaje. Cambió el contexto. Y también, en algunos casos, la lectura emocional de la pista. Pero eso no borra el fuego original de esos gestos. Solo los pone en perspectiva.

Tal vez cada intuición acertada guarda dentro suyo un margen de locura que recién más tarde se convierte en certeza colectiva.

El caso del DJ es distinto al de una banda de rock. Ahí no hay compañeros de ruta. Uno está solo, con su propio pudor. No hay miradas cómplices a las que acudir si se cae el ánimo.

Pero también hay algo más.

Ser DJ es ser testigo de las emociones que se dan en una fiesta, cualquiera sea. Y creer, por unos instantes, que uno tiene la suerte de poder estar ahí para provocar algo bueno.

No estás vendiendo una casa. Ni hablando de temas que estresan. Estás, en todo caso, en el *front desk* del centro de des-estresamiento y relax.

Una noche en Caix, el ambiente venía tenso. La pista estaba dividida. Nadie parecía conectar con nadie. Hasta que encontré un track. Uno de esos que no tenía pensado poner, pero que me llamaba desde la bandeja. Lo lancé.

Y algo cambió.

Dos grupos que no se habían cruzado en toda la noche empezaron a mirarse, a bailar en sincronía, a reírse entre ellos.

Desde la cabina lo vi claro: en ese instante, la música había logrado lo que ningún discurso podría. Había unido dos mundos.

Ahí comprendí que a veces el rol del DJ no es tanto entretener, sino recordar a los demás que no están solos. Que todavía hay algo que nos conecta.

No fue la única vez.

Hubo una época en la que varios grupos del ambiente, que al principio no se caían bien, terminaron encontrándose a fuerza de cruzarse en las mismas pistas una y otra vez.

El tiempo, la música y la convivencia los volvió amigos. Nadie lo planeó. Fue la pista la que limó asperezas.

Esos pequeños milagros sociales que ocurren en la noche también son parte del rol del DJ. Como puente. Como facilitador de encuentros improbables.

La cabina no es solo un lugar elevado. Es un lugar de visión. De escucha. Y, a veces, de reconciliación.

Capítulo 16

El arte de improvisar

Parte I – Improvisar es estar vivo

La improvisación, en el *DJing*, no es un recurso de última instancia.
Es una forma de **presencia radical**.

Hay una especie de vértigo placentero en el hecho de no saber qué canción va a sonar después. Un pulso interno que combina nervios, adrenalina y una profunda sensación de libertad.

No hay red. Y, sin embargo, el salto puede convertirse en vuelo.

Improvisar me hace sentir que estoy vivo. Que estoy ahí. Que no soy un repetidor de *playlists*, sino un canal abierto a lo que está ocurriendo en ese momento.

Es un acto de confianza: en mis sentidos, en la música y en ese lazo invisible que se forma con la pista.

Cuando todo eso se alinea, no hay mejor lugar donde estar.

Es una forma de estar presente. Una conversación real con lo que hay. Con lo que vibra. Con lo que aún no se sabe.

Parte II – Club 74: tocar sin discos propios

Y esa idea tomó forma de una manera inesperada una noche en Club 74.

En Buenos Aires funcionó durante muchos años un mítico club ubicado frente a la cancha de River: **Club 74**.

Mi hermano había conocido a los dueños y me los presentó. Un buen día, uno de ellos me llama y me pregunta si podía ir a pasar música al club.

Le dije que sí, claro. Y me responde:

—Ok, pero no podés traer tus discos. Acá te damos todo.

Me quedé congelado.
¿Cómo que no tenía que llevar mis discos?

—Claro —me repite—, la música es la del club. Es todo disco, funk, electro, algo de pop nuevo, pero nada de esos géneros de *cachengue* ni otras verduras.

¡Venga el desafío!, pensé. Y allí fui.

Entrar a la cabina del Club 74 era como subirse a la de un avión. Literalmente.
El DJ, además de tener las dos **Technics 1200** y un mixer, contaba con una consola de luces hecha a medida, montada en el techo en posición oblicua.
Igual que en una cabina de avión.

Todo esto acompañado por la mítica pista iluminada: el suelo con luces, la atmósfera retro, la historia respirándose en las paredes.

Ahí estaba yo. Que, además de todas esas novedades, tenía que navegar una batea de vinilos que no conocía.
Conocía la música, sí. Pero no sabía dónde estaba cada cosa.

Antes de arrancar, uno de los dueños me dice:

—Bueno, te doy una mano un rato para apartar algunos discos.

Fue una experiencia inolvidable. Y volví un par de veces más. Para esas, ya sabía más o menos dónde estaba cada cosa.

Parte III – Soledad sonora y comunión invisible

Esa noche en Club 74 entendí algo más. Que en esa soledad aparente de la cabina, distinta a otras que viví en diferentes momentos de mi vida, había algo valioso. Una diferencia crucial.

No era la soledad del abandono ni del aislamiento forzado, como la que viví en ciertas épocas oscuras. Era una **soledad sonora**, no silenciosa. Una soledad poblada de sentidos.

Allí, rodeado de cuerpos en movimiento y sonidos envolventes, se producía una paradoja hermosa: **estar solo sin sentirse solo**.
Estar separado físicamente y, al mismo tiempo, conectado emocionalmente con cada persona que se dejaba llevar por la música.

Esa forma de soledad me enseñó a valorar el silencio como presencia y no como vacío.

En la cabina hay una conexión silenciosa con el público que se construye a través de los sentidos, de la intuición, de estar con todos sin hablar con nadie.

Ser DJ, al menos como yo lo vivo, es un acto de **presencia total**. De escucha activa. De traducción emocional.

Y es justamente esa forma invisible de comunicar la que más me conmueve.
Porque cuando todo fluye y la música se funde con las emociones del ambiente, ahí sucede la magia: no sabés bien cómo, pero lo esencial está ocurriendo.
Y desde ahí arriba, lo ves todo.

Capitulo 17

Notas al pie del sistema

Fragmentos sueltos, reales, invisibles... como los mejores beats.

Hay cosas que no entraban del todo en los capítulos principales.
No porque fueran menos importantes, sino porque no tenían formato clásico.
Son escenas, recuerdos, miniaturas emocionales o técnicas que quedaron flotando al costado del camino, como papelitos en la cabina o mensajes de voz que uno se manda a sí mismo.

Estas notas no buscan cerrar ideas, sino abrirlas.
Son paréntesis verdaderos.
Notas al pie del sistema, sí.
Porque muchas veces, lo más importante no está en el cuerpo del texto.
Está en los márgenes.
En lo que se ve solo si uno se detiene.

Acá vas a encontrar historias sin épica, pero con verdad.
Gestos mínimos. Viajes raros.
Cables mal conectados.
Esperas largas.
Pistas de tierra.
Y también, momentos que explican mejor que cualquier teoría por qué seguimos haciendo esto.

Son las partes no posteables.
Las que no salen en flyers.
Pero sin las cuales, ningún set tiene alma.

Pasá.
Está desordenado, pero es real.

Vol.1 - Los veranos en Chevette

Antes de los riders, los contratos y las fechas cerradas,
estaban los Veranos con Germán.

Llegábamos a Punta del Este unos días antes de que empiece la temporada.
No por estrategia artística,
sino para conseguir dónde dormir sin fundirnos.

Después de varios veranos compartiendo casas prestadas por los dueños de los clubes —donde convivían DJs, técnicos, RRPP y fauna diversa en horarios incompatibles— decidimos hacer base por nuestra cuenta.

Pero había un detalle:
no teníamos presupuesto, y sí muchas pretensiones.

Así empezó la era del Chevette azul:
dos puertas, asientos de pana, aire acondicionado proporcionado por la noche.
Dormíamos en el auto hasta conseguir departamento.
Y las primeras horas eran casi cómodas…
hasta que el sol pegaba en la chapa
y nos despertábamos a las 9:30
como dos medialunas dentro de un microondas.

No era glamoroso.
Pero sí inolvidable.

Recuerdo las llaves rotas sin copia,
los choques tontos,
los chivitos al paso en algún pueblo intermedio.
La cocina era un misterio resuelto apenas por una hornalla con gas,
y el arte de "ahorrar comiendo en casa"
se rendía ante el primer mediodía con hambre y olor a panadería.

A veces pensábamos que ese Chevette tenía algo especial.
Como si, por no ser parte del circuito del lujo,
nos revelara la parte real del mapa.
La que no se ve desde el flyer.

Porque la música puede sonar impecable…
pero si dormiste empapado en un auto,
todo tiene otro tempo.

Uno más honesto.
Más nuestro

Vol. 2 - La mano de Dios (versión RCA)

Hay momentos en los que un pequeño gesto técnico se convierte en una hazaña espiritual.
Una vez, durante un desfile de egresados en El Cielo, todo estaba listo: luces, pista, DJ.
Pero había un problema.
Uno de los cables RCA —ese conector tan insignificante y tan decisivo—
hacía falso contacto.

El sonido cortaba.
Y no había forma de reemplazarlo sin desarmar todo.
En plena tensión pre-evento, aparece Diego “Iluminator”
y sin decir mucho, mete la mano.
Literal.
La apoya detrás del mixer, sostiene el RCA en la posición justa…
y así se queda.

Tres horas.

En silencio.
Sin moverse.
Como si fuese parte del sistema.

Ese día, el desfile sonó perfecto.
Nadie en la pista supo lo que pasaba en ese rincón oscuro de la cabina.
Pero nosotros lo sabemos.

Y cada vez que alguien dice que los técnicos “solo prenden cosas”,
yo me acuerdo de Diego.
Y de esa mano extendida como una plegaria eléctrica.
Invisible para todos.
Menos para el sonido.

Esa noche, si hubo milagro,
no vino del cielo.
Vino del RCA.
Y de una mano que no soltó.

Vol. 3 - El Alma del evento tiene hambre (Aunque nadie lo vea)

Hay eventos donde todo brilla:
el flyer, la puesta de luces, el line-up, el bar.
Pero si te acercás al fondo, a la trastienda,
hay algo que no encaja.
Una incomodidad sorda. Un vacío.

Es el alma del evento.
Y tiene hambre.

Hambre de respeto, de trato digno, de humanidad.
Porque mientras el DJ estrella pide toallas frías y energizantes,
hay un técnico que no comió desde las dos de la tarde.
Un asistente que está desde el armado y no tiene ni agua.
Un operador que duerme en una silla porque nadie le dijo dónde descansar.

Lo vi demasiadas veces.

Por eso, en un evento que me tocó estar,
cuando noté que nadie se estaba ocupando de los técnicos,
salí a buscar pizzas.
Fugazzetas y muzzarellas de *La Buena Onda*.
No era gourmet.
Pero fue un acto de cuidado.
De decir: **yo veo que estás acá**.
Y eso, aunque no se postee en Instagram,
es parte del sonido también.

Un evento no suena solo por los parlantes.
Suena por el clima entre las personas que lo hacen posible.

No se trata de quedar bien.
Se trata de entender la energía invisible que sostiene una fiesta.

Porque el alma del evento no está en el flyer.
Está en la cocina, en el camarín,
en el pasillo mal iluminado donde alguien ajusta un cable con hambre.

Y si eso no está cuidado,
el sonido puede ser perfecto...
pero algo no va a resonar.

Vol 4. - Hasta el último beat (*Londrina Calling*)

En el mundo de los DJs, perder un vuelo no siempre significa perderse el show.
A veces, es apenas el comienzo de la verdadera odisea.

Era Brasil. Festival *Anthrax*.
Y el vuelo, claro, lo perdimos.
No porque no quisiéramos estar ahí,
sino porque veníamos de otra ciudad, otro set, otra noche sin dormir.

Llegamos al aeropuerto con la dignidad justa para pasar migraciones,
y la mala noticia nos pegó como una cachetada:
no había más vuelos directos. Ninguno.

No teníamos dinero. Literal.
La billetera parecía un souvenir.
Pero algo dentro de nosotros —ese fuego que empuja cuando sabés que del otro lado hay una pista esperando—
nos hizo insistir.

Conseguimos otro vuelo, a una ciudad que no figuraba en el plan original.
Desde allí, tomamos un taxi.
Ciento cincuenta kilómetros en taxi.
Sin reales.
Solo con el compromiso de que íbamos a llegar.

Y llegamos.

La fiesta ya estaba empezada,
pero cuando nos subimos a la cabina y vimos esas caras —cientos de personas bailando en medio de la selva, bajo el cielo de Brasil—
supimos que el viaje no había sido un error.

Era parte del ritual.
Parte de lo que vuelve a esta cultura tan profundamente irracional como hermosa.

La electrónica tiene eso:
no siempre gana la logística.
A veces, gana la fe.

Capitulo 18

Glosario emocional del DJ

(o cómo nombrar lo que a veces solo se siente)

Este glosario no fue pensado para explicar términos técnicos. Para eso ya están los manuales, los foros y los tutoriales de YouTube. Esto es otra cosa. Es un intento de ponerle palabras a sensaciones que, en la mayoría de los casos, se viven más de lo que se dicen.

Porque ser DJ no es solo elegir música: es sostener climas, interpretar cuerpos, leer almas. Y en ese viaje hay momentos que no tienen nombre. Decisiones tomadas en fracciones de segundo que alteran el rumbo de una noche. Silencios cargados. Tracks que sanan. Fracasos heroicos. Hallazgos gloriosos. Y sobre todo, una infinidad de estados emocionales que se entrelazan con beats, cables y corazonadas.

Este glosario es una colección de esos estados. Una especie de mapa afectivo para quien haya transitado una cabina, pero también una invitación para quien quiera asomarse a ese mundo desde otro lugar. No hace falta haber sido DJ para entenderlo. Basta con haber sentido alguna vez que una canción te abrazaba sin tocarte.

Acá no hay definiciones cerradas, sino puertas entreabiertas. Palabras que buscan resonar más que enseñar. Y si logran despertar alguna imagen, algún recuerdo, alguna carcajada o alguna verdad, entonces habrán cumplido su misión.

Bienvenido al glosario emocional. Acá lo técnico se mezcla con lo poético. Como en una buena noche, cuando todo se alinea y no sabés por qué... pero sabés que es real.

A-B (prueba A/B)

Técnica para comparar dos versiones de algo (un track, una mezcla, un posteo) y ver cuál funciona mejor. En el mundo del DJing emocional, la prueba es otra: ¿te eriza la piel?

Beat

Pulso rítmico que organiza una canción. Es lo que hace que el cuerpo se mueva antes de que la cabeza entienda por qué.

BPM (beats por minuto)

Unidad de medida del tempo de un tema. No siempre significa velocidad: un track a 122 BPM puede sentirse más intenso que uno a 130, si está cargado de emoción.

Cabina

El altar del DJ. Espacio físico (y a veces espiritual) desde donde se narra una noche. No siempre elevado, pero siempre distinto.

Catálogo de emociones

Selección no visible pero sí audible. Es el repertorio íntimo de tracks que atraviesan al DJ, antes de atravesar la pista.

Crash (cuando algo no conecta)

Momento incómodo en que la música no encuentra eco en la pista. A veces, es cultural. Otras, emocional. Siempre una oportunidad para volver a intentar.

Drop

Parte de la canción donde todo explota o cae. Algunos lo esperan con ansias, otros lo evitan. En todo caso, es un recurso narrativo.

Flow

El fluir de un set. No es lineal: tiene picos, valles, curvas. Es como una conversación sin palabras entre el DJ y la pista.

Intuición

Sensor del alma. Esa corazonada que te hace elegir un tema que no sabés por qué, pero sentís que es el que va.

Pista

Territorio compartido entre el DJ y el público. No es solo el suelo donde se baila: es el espacio donde se refleja el ánimo colectivo.

Remix

Relectura de un tema. A veces mejora lo original. Otras, lo transforma en algo completamente nuevo. Como algunas decisiones en la vida.

Set

Secuencia de tracks mezclados con intención. Hay sets para abrir, para cerrar, para acompañar. Cada uno es un viaje distinto.

Warm-up

Primer tramo de la noche. Construye atmósfera, no protagonismo. Es el susurro antes del grito. Y muchas veces, el lugar donde más se dice con menos.

Selector

Más que un DJ. Es quien elige la música con un criterio más narrativo que técnico. A veces mezcla, a veces solo pone play. Pero lo que selecciona, tiene alma.

Vinilo

Soporte físico circular de audio. Más pesado, más limitado, más costoso… y sin embargo, para muchos, más real. Cada vinilo tiene su aura, su desgaste, su carácter.

Loop

Fragmento repetido de una canción o sonido. Puede ser una base rítmica, un pad o una vocal. En buenas manos, se transforma en mantra. En malas, en tortura.

Sampler

Dispositivo o técnica que permite tomar un fragmento de otro sonido y reusarlo. Un arma de memoria emocional: con un sample, se cita, se homenajea, se remixa.

Zapateo americano
Desfasaje rítmico que aparece cuando el jinete de discos no logra domar a sus dos caballos (los tracks) y, en lugar de cabalgar parejo, se desbocan en una cabalgata *off grid*. El bombo se vuelve patada, la mezcla tropiezo, y la pista termina soportando un galope torpe que todos reconocen.

Club

Espacio cultural disfrazado de boliche. Donde se testean tracks, tendencias y tensiones sociales. No es solo un lugar: es un laboratorio afectivo.

Improvisación

Acto de crear en tiempo real, sin red. Es riesgo y confianza. No es desprolijidad: es libertad afinada. Lo contrario al botón de sincronización.

Narrador emocional

Rol profundo del DJ. No solo mezcla canciones: narra estados, historias y tránsitos del alma sin decir una sola palabra.

Canción puente

Track que une dos mundos: dos grupos en la pista, dos estilos musicales, dos energías distintas. Tiene el poder de curar divisiones con solo sonar.

Track invisible

Tema que nadie conoce, pero todos sienten. No necesita fama: basta con que aparezca en el momento justo para convertirse en inolvidable.

Silencio

Elemento dramático y poderoso en un set. No es ausencia: es respiración, preparación, transición. El beat se apaga, pero algo late igual.

James Hypear *(verbo)*

Proceso mediante el cual la escena o los controladores se llenan de botones y pads innecesarios, pensados más para el show visual y el hype de redes que para la mezcla en sí.

Ejemplo: “Le metieron dos botones más al CDJ-3000X… se está James Hypeando mal la cabina.”

Tipos de DJs

Porque no todos los DJs son iguales. Algunos buscan prender fuego la pista, otros prefieren llevarte de paseo. Esta es una clasificación (emocional y arbitraria) que no vas a encontrar en Wikipedia:

El DJ arquitecto

Planifica su set como si fuera una casa. Cada track es un ladrillo. Tiene estructura, progresión, planos. Nada está librado al azar. Si algo se cae, es porque ya lo había previsto.

El DJ médium

No mezcla: canaliza. Escucha la energía de la pista como si fueran voces del más allá. Cambia de rumbo sin previo aviso, pero cuando lo hace, parece que lo supieras de antes. Es presencia pura.

El DJ hitman

Va al hueso. Te tira un hit tras otro sin culpa ni pausa. La pista arde, pero rara vez llora. Es el favorito del público casual, y el menos valorado por los puristas. Aunque todos, en secreto, bailan sus sets.

El DJ warm-up

Uno de los más difíciles y menos valorados. Sabe contenerse, construir sin explotar. Tiene que calentar la pista sin quemarla. Su ego está en modo zen. Y por eso, muchas veces, es el mejor de todos.

El DJ melómano

Tiene más música que tiempo. Escucha desde jazz japonés hasta techno de Burkina Faso. Puede armar una fiesta o dormirse escuchando un disco de flauta balcánica. Vive para descubrir sonidos.

El DJ performer

Toca, baila, salta, agita. Es parte del show, a veces más que la música. Algunos lo aman, otros lo acusan de “no mezclar nada”. Pero nadie puede decir que no da todo.

El DJ invisible

Está ahí, pero no se ve. No habla, no gesticula, no busca protagonismo. Pero cuando suena su música, todo encaja. Como si la pista encontrara una brújula secreta. Su ego no se imprime en flyers. Pero queda impreso en la memoria.

Epílogo I – Cuando el beat se apaga

“Si Londrina llamaba al caos, este libro escucha el silencio después del beat.”

A veces, el beat se apaga. Y en ese momento, cuando el silencio lo envuelve todo, uno cree que la fiesta terminó. Pero con el tiempo comprendí que ese silencio no es el final: es apenas una pausa. Un espacio necesario para escuchar otras cosas, lo que el alma susurra cuando por fin dejamos de correr detrás del ruido.

Esta historia que acabo de contar no es una línea recta ni una moraleja pulida. Es más bien un mapa de caminos cruzados, de decisiones tomadas en caliente y otras maduradas con dolor. Pero, por sobre todas las cosas, es una historia real. Vivida, sentida… y ahora, compartida.

Me llevó muchos años entender que no siempre elegimos lo que nos pasa, pero sí podemos elegir qué hacer con eso. Yo elegí contarlo. Con todas sus luces y sus sombras. Y al hacerlo, algo en mí empezó a sanar.

Escribí este libro también para honrar a quienes marcaron mi camino: a los amigos que perdí, a los que siguen estando y a los que —desde su recuerdo— me siguen enseñando. A mis hijos, que son mi norte aun en los momentos más oscuros. Y a todos los que alguna vez, como yo, sintieron que la vida se les desarmaba entre las manos.

Hoy puedo decir que, después de todo, sigo creyendo. En el amor. En la música. En los comienzos inesperados. En las amistades verdaderas, en la fuerza de la vulnerabilidad y en la posibilidad constante de reinventarnos.

El beat se apaga, sí. Pero la música… la música nunca deja de sonar. A veces solo cambia de forma. Y si uno afina el corazón, siempre encuentra el modo de volver a bailar.

Gracias por leerme. Gracias por escuchar.

A Germán, por haber sido parte de los mejores compases de esta historia.
Y al Negro, por enseñarme que incluso en los tangos más tristes hay belleza y verdad.

Epílogo II – El testigo

No fui el primero ni el más grande. Tampoco el más técnico ni el más famoso. Fui, simplemente, un testigo.

Mientras empezaba a escribir este libro, mi compañero de escritura me repetía que yo era un testigo. Al principio no lo entendía del todo. ¿Testigo de qué? Hoy, después de tantas páginas, lo veo con claridad.

Testigo de una época en la que un vinilo de 12 pulgadas podía cambiar la energía de una pista.
Testigo de cómo la diversidad cultural musical abría mundos, y de cómo poco a poco se fue cerrando.
Testigo de un grupo de amigos que, con más pasión que recursos, logramos darle espacio a géneros y artistas que quizá nunca hubieran sonado en este rincón del mundo.
Testigo de fiestas que fueron pequeñas revoluciones, y de silencios que también dijeron lo suyo.

No elegí ser testigo. Pero estuve ahí. Y alguien tenía que contarlo.

Porque la música no es solo beats o BPM: es memoria, es cultura, es identidad. Y si hoy estas páginas existen, es para que ese pulso no se pierda.

Un compañero invisible me recordó, mientras escribía, que yo era un testigo. Y tenía razón.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin las personas que, de un modo u otro, me sostuvieron en los momentos en que no sabía si todavía valía la pena contar esta historia.

A mis padres, por todo lo que me dieron y por lo que intentaron darme, incluso cuando yo no supe recibirlo. Por enseñarme, cada uno a su modo, el valor de hacer las cosas con amor.

A mi mamá, en especial, por la fuerza silenciosa que siguió marcando mi vida aun en la distancia. En cada gesto de cuidado que tuve hacia otros, estaba el eco de su ejemplo, aunque a veces tardé en reconocerlo.

A mis hijos, por esos compases que no se oyen, pero sostienen toda la melodía.

A Germán, por haber sido parte de los mejores beats de esta historia. Por la complicidad, el oído afinado, y por abrir caminos cuando todo parecía cerrado.

A Gonzalo, por haberme enseñado a mezclar y, con ese gesto, haber encendido una mecha que aún hoy sigue ardiendo. Fuiste el puente hacia muchas primeras veces.

A Juan Recalde, mi amigo de la infancia y el primero en bailar conmigo esta vida. Aunque te fuiste demasiado pronto, algo de tu risa sigue sonando en cada pista.

A Juan José, por estar presente en los momentos en que la música no sonaba, y también cuando sí. Gracias por tu escucha, tu presencia silenciosa y tu forma de acompañar sin pedir nada a cambio.

A la familia Garcés, por haberme dado techo, tiempo y tregua en un momento clave. Por sostener sin preguntar demasiado. A veces, eso es todo lo que uno necesita para volver a creer.

A Hernán Viviani, por estar al principio, en el medio y ahora. Por sostener, sin estridencias, pero con memoria.

A Andrés Troha, por estar desde el inicio empujando este libro desde la sombra. Algunas ideas fueron tuyas antes de que fueran mías.

Para Amorcito, que me sostuvo cuando ni yo podía sostenerme.
Y para quienes supieron esperar el próximo track, incluso en silencio.

A los que cerraron puertas, porque sin su negativa, no habría descubierto otras salidas.

Y a vos, que llegaste hasta acá leyendo. Gracias por escuchar con el corazón. Si algo de lo que viste en estas páginas te tocó, entonces todo esto valió la pena.

La pista que no entra en el papel

Hay cosas que no pude escribir.
No porque no supiera cómo, sino porque **necesitaban sonar**.

A lo largo de este libro hablé de la mezcla, los vínculos, las pérdidas y del beat que se apaga.
Pero había algo más. Algo que no entraba en los capítulos, ni en los márgenes.

Así nació esta sección.
Una serie de mixes que no buscan ser perfectos, sino verdaderos.

Cada uno fue creado por alguien que formó parte de esta historia.
Algunos estuvieron desde el principio, otros reaparecieron desde el recuerdo.
Cada uno eligió 6 tracks. Algunos los mezclaron ellos mismos. Otros me los confiaron para que yo los armara.
Cada uno dijo algo sin palabras.

Porque al final, este libro también es eso:
una pista emocional que sigue girando.

Mini Mixes del Libro

Germán Rovira – Viste antes de que suene
Germán no programaba sets. Los profetizaba. Este mix es un mapa de lo que supo ver antes que todos.
📎 https://archive.org/details/dj-german-rovira-mini-mix-1

Gonzalo Tagliabue – La llave
Fue el primero. El que abrió la puerta. Este mix es la memoria de esos primeros pasos entre cables y sueños.
📎 https://archive.org/details/gonzalo-tagliaube-cuando-el-beat-se-apaga

Andrés Troha – Sistema Operativo
Un collage de épocas, guitarras, beats y memorias no editadas. Andrés no mezcla: recuerda.
📎 https://archive.org/details/andres-troha-sistema-operativo

Marcos Paz – La música que vence el tiempo
Lo compartido no se borra. Y a veces, vuelve a sonar.
📎 https://archive.org/details/marcos-paz-cebsa

Colo Villafañe – El track que no entra (pero está)
Un set que no sigue el manual, pero sí el corazón. Así era él: mezcla de momentos, intuición y alegría compartida.
📎 https://archive.org/details/colo-villafane-mini-mix

Santi Ortiz – El pulso de lo compartido
Voces y grooves que resuenan de lo cotidiano, mezclas honestas, pasadas de Sarapura, amistad que no pidió reconocimiento. Este set de Santi Ortiz recoge ausencias, encuentros, noches de pista y el calor de lo que permanece. Porque lo compartido no se termina: sigue sonando.
📎 https://archive.org/details/santi-ortiz-el-pulso-de-lo-compartido

Sebastián Castro – Lo que el groove no olvida
Vocales, pianos, house con alma. Sebastián no mezcla hits: los revive. Ex residente de Buenos Aires News y fundador de Sasami, su sonido es escuela y memoria. El groove como lenguaje emocional.
📎 https://archive.org/details/seba-castro-cuando-el-beat-se-apaga

Brian – Castelar Sound System
Groove y ternura. Este set suena a amistad larga y silenciosa.
📎 https://archive.org/details/brian-pinilla-cuando-el-beat-se-apaga

Diego Colquhoun (Bs As Deep) – De Menos a Más
Instrumentos, profundidad y calle. Un paseo elegante y soulful por la ciudad que lo formó.
📎 https://archive.org/details/bs-as-deep-de-menos-a-mas-mix

Pablo Eyes – El que vio lo invisible
No buscaba deslumbrar. Solo mostrarte lo que ya estaba ahí. Este mix no grita: revela.
🖇 https://archive.org/details/eyes-proyect-cuando-el-beat-se-apaga

Damián Reds – El futuro ya sonaba así
Tres de los siete tracks son suyos. Este no es un set más: es una escena que no se filmó.
🖇 https://archive.org/details/damian-reds-cuando-el-beat-se-apaga

---

© 2025 Martín Lamelas. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluyendo medios digitales, sin autorización expresa del autor, salvo en los casos previstos por la legislación vigente.

La versión digital de este libro se distribuye de forma gratuita con fines culturales y educativos. Su venta está prohibida.

Las marcas, canciones y obras mencionadas en este libro son propiedad de sus respectivos autores y titulares de derechos. Esta obra no pretende apropiarse de ningún contenido ajeno, sino homenajear la memoria emocional de una época a través del relato personal.

Cualquier similitud con personas o hechos reales es, en muchos casos, deliberada.